



SANTOS
SANTOS

Una novela corta de
ALFONSO GUTIÉRREZ CARO

SANTOS

Alfonso Gutiérrez Caro

Santos

Copyright © Alfonso Gutiérrez Caro, 2019

Todos los derechos reservados

Diseño de portada: Víctor M. Mirete

El maletero

El día que enviudó acabó con litro y medio de vino tinto en el estómago, dos costillas rotas, un ojo morado y una leve contusión cerebral tras una reyerta de bar mientras sus dos hijos hacían noche en el tanatorio. A la semana siguiente se gastó la mitad de la paga de su último trabajo en media hora con un joven de veintiún años. Un mes después pasó horas llorando sobre la fría piedra que daba sepultura a su esposa.

Así era Santos Alonso, una página no leída de un libro cerrado de una biblioteca prohibida. Hacía mucho que ni se esforzaba en seguir vivo, solo se dejaba llevar por el aire que entraba en sus pulmones, activo por las corrientes eléctricas que surcaban su mente y unos pasos que siempre acababan llevándolo al lugar más deprimente posible.

En uno de sus rincones se encontraba el 18 de enero de 1994. En la televisión el presentador de los informativos hablaba del terremoto de Northridge, un seísmo de 6,6 grados en la escala de Richter que ya se había cobrado medio centenar de vidas en no sé qué zona de Los Ángeles. Mientras el presentador daba paso a las imágenes escalofrantes

y no aptas para todos los públicos que aún así todos verían, Santos pisaba con saña la tráquea de un tipo que había cometido la soberana estupidez de abrirle la puerta.

—El anillo —demandó Santos mientras aplicaba un poco más de fuerza con el pie.

El tipo de la garganta aplastada no pudo decir ni una palabra, cosa con la que Santos contaba. Le bastaba con que señalase hacia el lugar donde guardaba lo que venía buscando, acción que llevó a cabo a continuación. El tembloroso dedo índice de aquel hombre apuntaba a un barril de cerveza con unas llaves encima.

—¿Está en el coche?

El tipo asintió al tiempo que sentía como su garganta volvía a abrirse para tomar una bocanada de aire con la que sintió renacer. Tiró tres escupitajos al suelo mientras trataba de recuperar la verticalidad cuando recibió una nueva caricia del pie derecho de Santos, esta vez en la boca del estómago.

—Hijoputa —el tipo se retorció de dolor, su tez volvía a palidecer—. Ya te he dicho donde está...

—Si no lo encuentro en la guantera subo y te parto la mandíbula. ¿Me entiendes?

El tipo asintió otra vez. Tenía las venas de las sienes marcadas, la boca llena de babas ensangrentadas y la mirada ida. Se llevó las manos al vientre mientras adoptada una defensiva posición fetal. Santos agarró las llaves que había sobre el barril y dio la espalda al tipo para encaminarse por el pasillo que le devolvería a la puerta. Buscaría en el AX rojo que había en la calle el anillo de la madre de aquel desgraciado y, con suerte, no volverían a cruzarse en la vida. Al menos ese era el plan.

Tres pasos más tarde una navaja automática se abrió paso entre sus tejidos, alojándose en la cara exterior del muslo derecho. En la tele Bill Clinton llamaba a la unión de los americanos, había velas y llantos. En algún lugar de ese edificio un perro ladraba sin parar y una olla pronto silbaba.

Escocía, pero Santos ni se molestó en extraer la navaja. Dos segundos más tarde el cañón de su viejo revólver se encontraba alojado entre los dientes del tipo.

–Creí que había quedado claro que no iba de farol.

El tipo intentó decir algo, pero Santos no estaba por la labor de escuchar ni una palabra más.

–Eres un drogata con antecedentes por asalto que le roba hasta a su madre. Si te pego un tiro no le importará a nadie...

El hombre con la pistola en la boca trató de articular una suerte de “por favor” mientras su cara se llenaba de lágrimas y otras desagradables secreciones. Asqueado por la imagen, Santos, ahora sí, sacó la navaja de su muslo con la mano que tenía libre para clavarla directamente en el esquelético deltoides de su dueño. El alarido que ocasionó tenía todas las papeletas de llamar la atención de los vecinos de aquel edificio, así que Santos optó por poner punto y final a la lamentable escena.

–Te gustará comer con pajita, idiota.

Sacó el cañón de la boca de aquel tipo lo justo para tomar algo de impulso y golpearle con la culata en la mandíbula. El golpe fue tan duro y seco que, amén de desencajar algún hueso, dejó sin sentido a aquel pobre desgraciado.

Santos salió a una calle fría, fea y desapacible. Se encontraba en plena barrio de La Paz, en una pequeña alameda con unos horrorosos bloques de ventanas amarillas al fondo. A unos pasos estaba el Citroën AX rojo del que le había hablado su clienta, la madre del tipo inconsciente. El coche se encontraba en la oscuridad, en el ángulo recto entre dos edificios con paredes llenas de grafitis.

Entró al vehículo y fue directo a la guantera, habitáculo que no podía contener más porquería por centímetro cuadrado. Sacó cintas de casete de Los Chunguitos y bolígrafos de publicidad, un par de latas de cerveza sin abrir, un estuche que probablemente contendría los papeles del coche y una serie de tickets de compra e incluso bolas de pa-

pel de aluminio. Al fondo encontró una caja de cartón de clínex que no contenía ningún pañuelo.

La sacó y la zurrió antes de ver lo que había dentro. Entonces un ruido metálico, una especie de golpe en la chapa, le hizo echar la mirada hacia atrás, pero allí no había nadie. Volvió a lo que estaba, retiró la chafada tapa de la cajita y encontró el botín que buscaba: una serie de joyas entre las que halló el anillo con la inscripción "Jesús 22-04-1960. Para toda la vida", y varios billetes de mil y cinco mil pesetas hechos un ovillo. Santos guardó el anillo en el bolsillo del pantalón y dejó el resto de cosas en la guantera.

Iba a salir del coche cuando de nuevo oyó ese ruido, un extraño "clonc". Su instintiva mirada volvió a encontrarse con la nada. Abandonó el auto y lo volvió a escuchar, esta vez más nítido, más cercano. Se quedó parado aguzando el oído, tratando de evadirse de los pajarillos y el ruido de tráfico de fondo. Clonc. De nuevo escuchó ese ruido, y esta vez no tenía dudas acerca de su procedencia: o se estaba volviendo loco o había algo en el maletero.

Santos se posicionó tras el coche, sosteniendo con una mano su revólver y con la otra introduciendo despacio la llave en la cerradura del maletero. Antes de girar la muñeca miró a diestra y siniestra para certificar que se encontraba más solo que la una. Comenzaba a helar y ni los gatos se atrevían a salir ya de su escondrijo. Un último golpe fue la señal para abrir el maletero y apuntar con el revólver a la mujer maniatada y de cabello revuelto que había en su interior.

Al ver esos ojos enormes momentáneamente cegados por la luz, la cinta de carroceros en la boca y una costra de sangre seca en la frente, Santos decidió enfundar su arma y atender a la mujer. Aplicando una de sus máximas en la vida, aquella de que hombre precavido vale por dos, comenzó por retirar la cinta que embozaba a la mujer.

—¿Tú quién eres? ¿Eh? —preguntó la mujer sin amedrentarse, la mirada fija, la voz potente—. ¿Trabajas para ellos?

—¿Quiénes son ellos?

—Ellos, los que me han metido en este puto maletero...

—No, no trabajo para ellos.

—¿No?

—Eso he dicho.

—¡Gracias a Dios! Pues venga, vamos, espabila y desátame.

Santos la miró frunciendo el ceño y emitiendo el leve gruñido que siempre le salía cuando alguien le daba una orden. También cuando no terminaba de ver clara una situación.

—¿Por qué te han atado y metido en un maletero?

—¿Perdona?

—Algo habrás hecho para acabar así...

—¿Qué? ¿En serio? No me lo puedo creer... Sois todos iguales. Todos los putos hombres iguales. Unos animales salvajes que se creen con derecho a todo por tener un colgajo entre las piernas —dijo la mujer, culminando la frase con un pequeño escupitajo que cayó dentro del maletero.

—No me has respondido. Recuerda que la que está atada eres tú, no yo.

—Madre del amor hermoso... Esto es —la mujer cerró los ojos, trató de aparcar la rabia y hacer lo que debía para salir de aquel habitáculo—... Me crucé con unos hijos de puta, ¿vale?, unos malnacidos que se llevaron por delante a mi hermano pequeño. ¿Contento?

El hombre la miró fijamente mientras se mesaba el bigote. Se creía bueno en el arte de calar a la gente, de creer o no en sus palabras, en sus gestos y silencios, de destapar mentiras con la facilidad de un tapón de rosca. Sin mediar palabra se inclinó sobre el maletero y deshizo con bastante maña las ataduras de las muñecas y los tobillos. A continuación ofreció una mano que fue ignorada de forma deliberada por la mujer, la cual abandonó el maletero por su propio pie y jurando en hebreo.

—Pues tendrás que denunciar. Deja que te lleve a comisaría —terció Santos mientras observaba como la mujer se acariciaba unas muñecas visiblemente doloridas—. Conozco a gente dentro.

—No, déjate, nada de policía —fue la sorprendente respuesta de la mujer.

—Ya. Respeto eso. ¿Te pido un taxi o...?

—Todavía no me has dicho quién eres. Ni cómo tenías las llaves del coche de ese cabrón.

—Tampoco te oído darme las gracias.

—¿Las gracias? ¿Eso te haría feliz?

—No. Pero supongo que es un comienzo.

—Joder, está bien... Gracias. De verdad.

—Vale —Santos se quedó callado unos segundos ante la desafiante mirada de esa mujer que, al igual que él, ya habría cumplido los cuarenta hacía tiempo—. Soy detective privado, y los asuntos que tenía con ese cabrón son también privados.

—¿Detective?

—Sí.

—¿De los de verdad?

—Me voy. Procura que no te secuestren otra vez.

El detective comenzó a alejarse. Había aparcado su Opel Kadett rojo en la avenida Primero de Mayo, a escasos cien metros de allí. Dejó atrás el edificio de los grafitis y comenzó a caminar en paralelo a unos hediondos contenedores de basura.

—¡Espera! —la mujer corrió hasta él y realizó un par de paranoicos movimientos de cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasa ahora?

—Me gustaría contratarte.

—No, no te gustaría. Vete a casa.

Santos reemprendió la marcha. Las cuatro farolas del lugar mal iluminaban sus pasos, proyectando en el suelo las enrevesadas sombras de las ramas de los mirabobos que decoraban la plaza.

—¡Para! Por favor... Escúchame un minuto—Santos se detuvo de nuevo, esta vez ni se giró—. Me llamo Virginia Hernando Madrid... Quizás te suene el nombre de Javier Hernando Madrid, salió en los periódicos no hace mucho. Era mi hermano.

El detective al fin se dio la vuelta. En efecto, recordaba haber leído ese nombre en la prensa recientemente. Algo de un ajuste de cuentas por un tema de apuestas, crimen organizado y esos rollos. El pan nuestro de cada día.

—Lo siento, pero ese es un asunto para aquellos a los que no quieres acudir—respondió Santos de la forma más delicada que pudo.

—No, no quiero que detengan a nadie.

—Entiendo. Entonces necesitas otra cosa, no un detective.

—Busco a alguien que me ayude a encontrar a esos malnacidos. Eso es lo que necesito. El resto lo haré yo sola.

—Claro que sí. Y dime, ¿por qué iba yo a meterme en un pozo de mierda como ese?

—Porque puedo pagarte...

—Muchos pueden.

—Yo puedo pagarte como todos esos a la vez—expresó Virginia, la cual cerró los ojos e inspiró con fuerza durante un instante—. Puedo darte cinco millones de pesetas si me ayudas. ¿Cómo lo ves?

De golpe había captado toda su atención, Virginia lo notó. La mirada de aquel tipo se había centrado, la prisa había desaparecido. Con semejante cifra lo tenía, vaya que si lo tenía. No eran precisamente tiempos de bonanza en casa de los Alonso, y cinco kilos no se podían despreciar así a la ligera.

—No puedo quedarme más tiempo aquí—dijo Virginia echando otra mirada hacia el coche aún con el maletero abierto—. Hablemos en otro sitio.

Rollos místicos

¿Cinco millones de pelás y justo en ese momento? Aquello era demasiado bueno para ser cierto, demasiado jugoso como para no esconder un fruto amargo en su interior. Al menos la escucharía, sopesaría la oferta, no podía permitirse el lujo de dejar que se fuera sin más.

El detective fingió que iba a dejar una cosa en su propio maletero para, disimuladamente, meterse una raya de coca. Se odiaba a sí mismo por depender de esa mierda que tanto había demonizado en su día, por la que incluso había roto alguna que otra buena amistad en el pasado. Santos fue un enemigo acérrimo de las drogas hasta que comprobó que éstas podrían ayudarle a hacerle los días menos largos, a poner un detestable parche en un cuerpo carcomido por la amargura de los años. Comenzó con varios Espidifén al día, pero cuando aquello dejó de hacerle efecto decidió probar otra variedad de polvos blancos.

Se limpió la nariz con el dorso de la mano y se puso al volante, con Virginia ya en el asiento del copiloto. Santos tenía la oficina de su agencia de detective en el centro de Murcia, frente a la Plaza Europa y junto al cine Rex. Aquel

lugar había sido el despacho del bufete de abogados de su padre y, años después, sería el centro de trabajo de su hijo Samuel, el cual seguiría sus pasos heredando el negocio detectivesco y la soledad y el nulo glamur que aquel agujero destilaba.

Un escritorio, dos sillas y un cuadro del rey. Nunca pensó en añadirle ni un detalle más a su aséptico lugar de trabajo. Santos no iba a allí a sentirse cómodo ni arropado, y mucho menos a divertirse, así que debía ser un páramo tan hosco y sobrio como la imagen que proyectaba de sí mismo.

Le ofreció un vaso de agua y le indicó a Virginia con la mano que se sentara mientras él acudió al baño a mirarse la herida del muslo. Era más aparatosa que grave. Con cuidado se bajó los pantalones para comprobar que el corte no era gran cosa. Tomó un par de gasas y agua oxigenada del pequeño armario que tenía a su lado y desinfectó la zona antes de aplicarle un mínimo vendaje. Abandonó el baño con una leve incomodidad.

—¿Tienes cinco millones, Virginia? —fue lo primero que Santos preguntó nada más tomar asiento.

—Los tengo.

—Y, exactamente, ¿por qué me los ibas a dar?

—No tengo ninguna intención de dártelos, tendrás que ganarte hasta el último duro. Por eso he dicho que quiero contratarte.

—Está bien... —Santos dedicó unos segundos a respirar, tan solo respirar—. ¿Te parezco una persona a la que le gusta hablar e irse por las ramas?

—¿Sinceramente?

—Sí.

—Lo cierto es que apenas me pareces una persona.

—Bien. ¿Entonces qué coño haces aquí?

—No te lo tomes a mal, pero creo que eres justo lo que ando buscando. Una persona del montón no me vale, no va aceptar ayudarme. En cambio tú —la mujer se detuvo a hacerle una radiografía con la mirada—... No sé, pareces al-

guien que no va por ahí pidiendo permiso. Tú actúas mientras los demás miran.

Aquello, aunque estaba muy lejos de lo convencionalmente establecido como bonito, no terminó de desagradarle a Santos. A pesar de conocerla desde hacía poco menos de un cuarto de hora, aquella mujer había conseguido acercarse bastante. Aquello le producía sensaciones encontradas, le ponía el vello de punta a la vez que le transmitía una sensación que rara vez se le manifestaba. Estaba ante una persona auténtica, no una marioneta del marido, el padre o la sociedad, y eso le merecía todo su respeto.

—Cuéntame lo que le ocurrió a tu hermano —dijo Santos abriendo un pequeño bloc de notas y un bolígrafo—. Y no omitas detalles ni nombres.

Virginia se llevó las manos a su abundante melena castaña, peinando sus cabellos tras las orejas con una marcada raya casi en el centro de la cabeza. Aquella mujer debió ser bastante guapa antes de que le pasara lo que debió pasarle. Sus rasgos eran proporcionados y equilibrados, pero había un borrón que trastocaba todo su rostro. Algo que no se podía describir ni cuantificar, una amargura que pesaba sobre cada línea de su rostro, sobre cada expresión.

—Es una historia muy simple. Mi hermano Javier, Javi para los amigos, se *empuó* con un BMW la semana que cumplió veinticinco años, después de estar trabajando apenas dos en un lavadero de coches que se llamaba Auto Clean o algo así. Al año siguiente lo echaron por utilizar las instalaciones para organizar fiestas durante los fines de semana. Quiero... Quería muchísimo a mi hermano, pero no era demasiado espabilado. Después del lavadero fue encadenando pequeños trabajos temporales que apenas le daban para ir pagando las letras del coche. Yo le ayudé también cuando pude, al igual que mi madre. Era incapaz de aguantar en un mismo trabajo más de un mes, siempre la liaba de alguna forma: cuando no se quedaba dormido y llegaba tarde sistemáticamente lo pillaban fumando porros en ho-

rario laboral. El final era siempre el mismo: acababa de patitas en la calle. Meses después yo quedé en paro también, y la paga de mi madre no se podía estirar más. La solución que Javi encontró para pagar las letras de su BMW fue llamar a un prestamista.

—¿A quién?

—El pobre imbécil, Dios me perdone, llamó a un número que encontró en una hoja clavada con una púa en un poste de la luz de la gasolinera de La Ica. Le dieron 500.000 pesetas que, como puedes imaginar, no pudo devolver.

—Sigue.

—Le dieron varios avisos, eso me contó después. Le rompieron una luna del coche, le hicieron una pintada... Esas cosas. Como el tiempo pasaba y mi hermano era incapaz de reunir el dinero, que con los intereses de esos desgraciados ya superaba las 700.000 pesetas, le enviaron a un par de matones para darle una paliza... Pero la paliza se la acabaron llevando ellos dos.

—Un tío duro, tu hermano.

—Mucho. Duro e imbécil, como te he dicho antes.

—Y después qué, ¿le enviaron más gorilas? —preguntó Santos llevándose la parte trasera del bolígrafo a la boca, una señal de que a cada frase estaba más interesado en aquella historia.

—No exactamente. Empezó a trabajar para ese prestamista. Vieron sus aptitudes y lo contrataron, pagaría la deuda trabajando gratis un tiempo y, luego, si así lo consideraban, pasaría como fijo a la plantilla.

—Así que tu hermano pasó a trabajar para el prestamista al que debía dinero.

—Sí.

—Estos criminales son cada vez más originales... O quizás más estúpidos. ¿Y qué más?

—Pues que Javi no se conformó con eso, nunca lo hace. Entró en contacto con otra gente de ese mundillo de los

que nunca me habló y les acabó robando una importante suma de dinero.

—De la que forman parte los cinco millones esos con los que dices que me vas a pagar...

—Justo.

—Una suma de dinero que tu hermano guardó en algún lugar pero que no llegó a disfrutar...

Virginia consiguió no llorar. Su rostro se estaba trasmudando, se acercaba la parte más dura del relato, aquella que conseguía zarandear cada centímetro de su cuerpo, que le había privado del sueño y de la ilusión de la vida desde hacía varios días.

—El martes pasado encontraron el cadáver de mi hermano tirado en un descampado con un montón de cortes y quemaduras —la mujer hizo un alto, apretó los ojos y los puños con fuerza—. Lo torturaron y asesinaron... Pero no consiguieron sacarle nada.

—Entonces fueron a por ti, por si sabías algo del dinero.

—Antes fueron a otro sitio... A casa de mi madre.

—Y...

—Del susto que le dieron, y con lo de mi hermano tan reciente, le dio una especie de ataque que la tiene en una cama de hospital en coma desde entonces.

—¿Qué edad tiene ella?

—Sesenta y seis, pero ha vivido como si tuviese cien... Los médicos no son nada optimistas, la vieja está en las últimas.

—¿Y cómo ha sido lo tuyo?

—Lo mío ha sido esta misma tarde. Iba caminando por mi barrio, San Antón, de camino a la panadería cuando el coche ese rojo, el AX se cruzó en mi camino. Había dos hombres dentro. El que conducía no se movió, el otro, una especie de armario calvo y con una barba muy larga, salió del coche, me agarró y me metió en el maletero tras darme un golpe en la nuca que me dejó atontada un buen rato. El coche se movió y después se detuvo, el hijo de puta gigante